

Mapa de Guyana Francesa 1677. La carte de P. du Val. Coste de Guayane autrement la France Equinoctiale. Archives departamentales de Guyane.

AMÉRICA LATINA, ENTRE *Des-LOCALIZACIÓN* Y *Des-BORDE*

*(Consideraciones para abordar el paisaje cultural en el borde y su localización
retomando la Guyana Francesa)*

Marcela Landazábal Mora

AMÉRICA LATINA, ENTRE *Des-LOCALIZACIÓN* Y *Des-BORDE*

(Consideraciones para abordar el paisaje cultural en el borde y su localización retomando la Guyana Francesa)

Marcela Landazábal Mora

RESUMEN

Ha sido América un proceso, un gesto dialógico, escenario de configuraciones discursivas concretadas en las diversas manifestaciones de sus culturas. ¿Por qué pensar en su identidad, en comprenderla, en aseverarla, cuando esta palabra, hoy día es una pregunta? Tal interrogante encuentra su sentido al extenderse hasta los bordes de lo que popularmente se conoce como América Latina, y se posiciona en un territorio complejo en su definición, en su naturaleza, en su geografía, en su devenir histórico, en su cartografía. Así, retomar la Guyana Francesa, como motivo de caso, comporta un prisma que refleja muchos de los sentidos que vinculan y desvinculan el sentido americano. Por ello, el paisaje es un enunciado que desde la poética, logra enmarcar la complejidad de los múltiples factores que recaen al observar los procesos de identidad de cada lugar. Tanto la *deslocalización* como el *desborde*, son elementos esenciales que se toman del lenguaje para tratar, a lo largo del presente artículo, la experiencia de la localización del borde; siempre incierta e imprecisa pero tangible en su estética cultural, una estética que deviene de un pasado histórico complejo y que hoy día manifiesta su presente eterno, el del cambio.



*El viajero retorna al lastre de las raíces
y delibera en las aguas del delta.
Hay, en todas las mañanas de la palabra,
algo así como una austeridad acariciadora de los vocablos;
la tierra, en los accidentes de su carne, adopta forma de cosecha.
Persistencia del conocimiento, es paciencia,
oscuro bullir, el óbolo de arcilla; el Canto.
(Glissant 1997: 55)*

Decididamente un valor común a lo largo de esta región llamada, hace unos cuantos siglos, América, insta a pensar en el exotismo que de por sí ya reposa sobre casi todas las memorias que *los otros* y nosotros mismos hemos convenido generar de estas regiones denominadas América Latina y más recientemente *tercer mundo*, en una mirada más geoeconómica generada durante el Siglo XX. El valor de lo desconocido, el valor de la curiosidad llevada al límite, el valor de los tesoros prometidos de “El Dorado” en todas sus distinciones¹, fue el mismo valor de las pruebas de fe continuas, no sobre conejillos de *Indias* paradójicamente, sino sobre la sangre roja de hombres y mujeres de *colores* del Nuevo Mundo,

junto a aquellos que llegaron desnudos y que compartieron su sacrificio con el de la savia, también de colores, de los bosques de este continente indo-afro-ibero americano², al que habría que agregarle, luso-franco. Que impreciso aún podría seguir siendo este continente, culturalmente hablando, con tal denominación, pero eso sí, constituiría una idea más próxima a resumir que ante todo es una metáfora concreta, poética y evidente de los desencuentros socio-históricos que hasta nuestros días hereda toda la discusión sobre América Latina.

Este artículo no pretende abordar tal discusión, antes que nada, Latinoamérica es una disposición sujeta en las perspectivas y dinámicas que surgen de

¹ Esta leyenda tiene variantes que ejemplifican también la difusión del Mito en diferentes versiones y latitudes. El origen se encuentra en el altiplano Cundiboyacense en Colombia, tras los hallazgos de Gonzalo Jimenez de Quesada al encabezar su excursión colonizadora por la Cordillera de Los Andes, no obstante, otras fuentes asocian también la interpretación de la leyenda y las exploraciones a los afluentes del río Amazonas, conocidos como Río Oyapock que parte de Guyana Francesa hacia Surinam. A razón de difundir la leyenda en diferentes contextos europeos de la colonia, la leyenda logró cautivar y recrear excursiones e imaginarios sobre El Dorado. (*Remitirse a reserva de la Biblioteca Luis Angel Arango- Bogotá DC*).

² En el capítulo *Deshacer América*, cita: La voz Iberoamérica fue creada para incluir a España, Portugal y Brasil, pero aún sugiere cierto matiz colonial (...). Por su parte, la voz indo-afro-ibero américa resulta demasiado larga, pese a que como señaló Hubert Harring en su “A History of Latinamerica”, sería la denominación más lógica. (Volpi 2009: 53)

los grupos sociales, los intereses académicos, políticos, culturales y económicos a lo largo del continente y que se resuelve día a día. En el tejido humano de estas culturas se van bordando sus respuestas, sus certidumbres siempre discutibles.

El abandono de una pregunta por el qué es o podría ser nuestro continente no confiere una pérdida de voluntad por cuestionarlo, al contrario, es una propuesta para contemplarlo por medio de la cual es posible acercarse a su naturaleza y vida social, su extrañeza, su conocimiento-reconocimiento desde una óptica que contempla lo social y lo natural como parte del mismo resultado, y construir una indecisa pregunta sobre su límite; en otras palabras es preguntar *hasta dónde llega*. Sus límites geográficos han variado, sus límites naturales, políticos y económicos son un proceso continuo, como el de la mayoría de las fronteras en el mundo, no obstante en esta región se sitúan determinantes históricos que contribuyen a la compleja construcción de la identidad de pequeñas zonas que conforman la gran complejidad latinoamericana, el Caribe,

El Sur, el Centro y el Norte de América, por ejemplo, son esbozos de cartografías

más profundas y complejas en cuanto a su discernimiento y determinación.

El sub-continente latinoamericano parece ilimitado con limitantes en principio, parece avasallado por una herida colonial que no le deja respirar profundamente y marchar hacia su propia evolución, no obstante, preguntar su *hasta dónde* implica detallar *cómo* se construye ese diálogo en el cual, por fin, de alguna manera autónoma, tímida en principio pero decidida, se abandone la preocupación por definir *quiénes son, -quienes somos- latinoamericanos* o lo que es este territorio al que pertenece el colectivo social "latino" en el esquema del orden mundial. *Hasta dónde* es una pregunta que en principio parece incierta, pero se encuentra en el acercamiento más próximo a observar los comportamientos certeros de los grupos humanos variados.

Ahora bien, configurar el tratamiento de este interrogante obedece también a trabajar el *gesto* mismo de la construcción sobre los paradigmas que ya reposan en las aproximaciones teóricas³ del continente heredado, paradigmas fragmentados, incompletos, de alguna manera inconexos que ejemplifican las múltiples relaciones que entre grupos humanos y naturaleza se

³ Existen diferentes variantes de pensamiento que se ocupan de América Latina, la teoría de la dependencia, por ejemplo, se basa en el principio filosófico de la Herida Colonial como el lastre heredado que desde la Colonia compromete económica y socialmente el desarrollo del continente y su aprovechamiento de recursos por ejemplo, a esta definición conviene diferenciarle que no es lo mismo la situación colonial que la situación de dependencia. Ver Ruy Mauro Marini y los presupuestos teóricos de la *Dialéctica de la Dependencia*, sólo por citar un ejemplo.

han tejido en el paisaje. Si bien son propuestas valiosas, habrá que abordar de cierta manera el espacio-tiempo, las geografías conectoras de culturas, los puentes simbólicos que construyeron y demarcaron las formas y las ideas de las grandes masas continentales que habitamos, incluso con sus pequeños islotes, donde una y otra vez los sucesivos tiempos presentes actualizaban las voces coloniales, los encuentros entre mundos, los despojos ancestrales y los nuevos cambios asimilados una y otra vez.

Ha sido la renovación continua, económicamente los cambios se han logrado enunciar y medir, políticamente las constituciones que comienzan a apreciar las diferencias étnicas de sus grupos sociales también son ejemplo⁴, pero más a fondo se tejen dinámicas que escapan a estas estructuras macro de organización. Precisamente es esta la validez de los cuestionamientos que hacen de “América Latina” un terreno de construcciones constantes, verdades no resueltas, posiciones chocantes y vidas de contraste. No obstante, la pretensión de abordar la idea continental en su totalidad no solo excede el tratamiento de un sinnúmero de factores, sino que es también una labor inagotable, la contemplación de enfoques

más precisos, más aproximados puede sin duda contribuir a conformar una panorámica más completa, sin que “completar” sea el fin de este escrito, por lo mismo, situaré el centro de la pregunta en un lugar al borde, desbordado en todos sus sentidos, un lugar que también parte de la construcción proveniente de los intentos por encontrar puntos de contacto donde se define o bosqueja el *cómo* se dialoga entre la compleja diferencia de la similitud que dibuja el panorama de la realidad *latinoamericana*.

Des-localizaciones y des-bordes, preámbulo hacia el paisaje

Evidentemente el continente es un sistema dispuesto en el diálogo entre lugar y culturas, o medio natural y medio cultural; una suerte de disposición del paisaje entre mito y realidad.

Localizaciones que bien podrían denominarse *des-localizaciones*, en el sentido estricto de su compleja localización irresuelta en su historia y legitimación geográfica, allí donde se localiza el sentido de la matriz colonial y se desdibuja en varios aspectos endógenos de las comunidades que habitan el continente. *Des-localizaciones* se ubica entre estar no

⁴ Ejemplos como La Constitución Colombia, con la ley 70 en la década de los 90 o la creación de un Ministerio para la diversidad Cultural en 2003 en Brasil, dan cuenta de diversos mecanismos legales con los que se instituye el reconocimiento de diversidad etno-cultural como uno de los principios históricos en la conformación de nación.

localizado en la acepción hispana de la palabra, frente a la voz francófona que implicaría, en efecto, hablar de una localización <<*des (de las)-localizaciones*>>. Una paradoja propia para referir una porción continental que parece más insular que “suramericana” y que a través del mismo juego del idioma puede dotar varios significados y establecer un diálogo directo no sólo con la percepción, también con la interpretación.

Lo que se propone es abordar el término *des-localizaciones* para ejemplificar de cierta manera los encuentros y desencuentros de esta dicotomía que genera también la presencia de diferentes lenguas, si bien oficiales y latinas en su mayoría, son igual fronteras, o parte de una realidad adherida al cuerpo, localizada en los que no tuvieron en su momento lugar y se encontraron en el impacto de invisibilizar no sólo razas y creencias, también lenguas.

La lengua como una disposición no sólo práctica sino estética de las culturas, por cuanto conforma su uso, su saber y genera en gran sentido la determinación de los individuos con las formas de emplearla, comporta uno de los ejemplos más distinguibles categóricamente para abordar ciertos principios que corresponden a la idea del paisaje que aquí se pretende esbozar. No sólo para la Guyana Francesa,

la situación de las lenguas se extiende como un determinante que moldeó culturalmente el devenir del Caribe a través de los continuos tránsitos esclavos y comunidades de otros continentes en las sociedades de plantación que caracterizaron durante el Siglo XVIII y XIX mayoritariamente la producción agrícola insular.

Las sociedades de plantación (de caña de azúcar y banano principalmente) no se desarrollaron en Guyana a la misma velocidad y producción que Cuba u otras islas que lograron basar su economía en esta actividad. La Guyana comportaba también geográficamente una tipificación diferente en cuanto a su desarrollo o planeación agrícola, no obstante el caso de las lenguas ha sido un fenómeno que contiene gran concentración de las cualidades culturales de esta región y por lo tanto vincula a la Guyana Francesa con el Caribe Latinoamericano; esta es una de las múltiples razones, al menos histórica, por la que corresponde cuestionar la relación de la Guyana Francesa con la dinámica del continente. Se remite entonces “desde la perspectiva cultural, a un conjunto plural en donde se hablan en las diferentes sub-áreas (*del Caribe*) cuatro lenguas metropolitanas: español, francés, inglés y holandés, así como en cada sector una o más lenguas criollas, llamadas

créole para el caso francés, *pidgin* para el área inglesa; *papiamentu* para el Caribe holandés insular; así como el *sranan* para Surinam (Pizarro Ana; 2002: p3). Este sencillo ejemplo de Ana Pizarro ilustra a grosso modo el imaginario del encuentro entre lenguas que se vio fuertemente impulsado por la colonización.

El cruce de las lenguas imperiales y las nuevas formas que encontraban los esclavos africanos para adaptarse a un sistema de comunicación diferente, sumado a los cruces con lenguas indoamericanas da cuenta del legado que hasta hoy día permanece en las culturas del Caribe y que se refleja en muchas de sus tradiciones rituales.

La Guyana Francesa específicamente tiene como lengua oficial el Francés, no obstante, algunos censos han diferenciado alrededor de hasta doce lenguas⁵, lo que la hace partícipe de un multilingüismo activo que implica incluso directamente el reconocimiento del Estado francés hacia la presencia de sociedades multiculturales dentro de su esquema gubernamental.

De esta manera, se presupone que el entendimiento de las connotaciones culturales no sólo se cuantifica en la legislación, sino que es dado también por

la observación de estas categorías que trascienden el estudio etnográfico y logran ubicarse en el valor estético propio y autóctono de la cultura guyanesa.

Este específico lugar ha generado una densidad de situaciones sociales que le son propias de sus cualidades culturales e identitarias, definibles o reconocibles sólo mediante su propio devenir histórico-geográfico, pero que debe necesariamente entenderse dentro de su valor y comportamiento estético; es decir, la propia realización de la cultura, de las comunidades en cuanto a su poética y las formas sensibles de comprender su experiencia de vida; cuando quedan inmersas tales categorías en sus códigos de lenguaje, la realización propia de la cultura debe habitarse entonces con la mirada de su poética relacional sumado al entorno propio que le rodea, una especie de aproximación al entendimiento que conforma parte de su paisaje.

“Las lenguas de ultramar son, antetodo, un bien común que falta profundizar porque es en ellas que se inventa y se transmiten las obras del saber y la imaginación” (North; 2011)

Cierta parte de los códigos que esbozan las culturas habitantes de la Guyana francesa y que permiten aproximarnos a

⁵ Des créoles caribéens au créole réunionnais, en passant par les vingt-huit langues kanak que compte la Nouvelle-Calédonie et les douze langues de Guyane (française), on explore donc ici les facettes d'un multilinguisme vivant, qui constitue le quotidien de près de trois millions de Français. (North Xavier; 2011)

conformar una idea sobre ellas, y más aún sobre el todo guyanés que conforman, se encuentra en este tipo de saberes transmitidos de diferentes maneras y bajo distintas escalas de enunciación.

Una vez referido ligeramente este tema de las lenguas, se debe pensar entonces en los vínculos geográficos permitidos por estos intercambios no sólo de lenguas y saberes, sino de información, circulación de mitos, de conocimientos medicinales, de nuevos reportes sobre lugares indistintos en otras partes del continente. Son los puentes invisibles y perceptibles en la experiencia de habitar este todo latinoamericano.

Un segundo aspecto que conviene abordar es el concimiento geográfico que durante siglos promovió cadenas de historias que creaban y recreaban uno y otro lugar. Hubo un tiempo en el que los mapas parecían portar la verdad, y aunque han sufrido entrañables modificaciones a lo largo de la Historia, también se logró comprender su valor en la creación de imágenes e imaginarios sobre los territorios del Nuevo Mundo, en parte por la secularización de los contenidos eclesiales, donde ante todo, los mapas son portadores de una cartografía simbólica ideada para habitar más los terrenos de las fantasías que de las geografías mismas.

Basta con dar un vistazo a los mapas de las colonias para observar la importancia de la consolidación de símbolos en la imagen. La representación del imperio, el centro en los territorios avasallados es una idea trabajada desde la gráfica propia de estos mapas que correspondían a intereses científicos, pero también políticos y económicos.

El siguiente mapa *La Carte de P. du Val* muestra cómo La Francia equinoccial (por su proximidad al Ecuador) fue interpretada bajo la influencia propia de la imaginaria colonial europea.

Se señala en este mapa de 1677 el Lago Parimé, próximo a las especulaciones de lo que podría ser el territorio del Rey de Oro, una de las tantas adaptaciones de la Leyenda de El Dorado, luego de que las expediciones hacia el Perú, encabezadas por los españoles Pizarro y Quezada hacia mediados del Siglo XVI, dieran pie a la presunción de que su real localización estaría en el interior del Amazonas.

Citar este ejemplo no concreta el centro del interés del paisaje cultural de Guyana Francesa, pero sí logra ubicar la perspectiva de los primeros intereses coloniales; en ellos también había mito, el saber popular que pasaba mediante relatos de un idioma a otro, de un imperio a otro generaba también las imágenes del nuevo mundo. La localización de un saber

geográfico, acarrió la des-localización de un saber cultural, se desestimaron los valores de las comunidades y solamente se tomó uno central, el de la riqueza.

La recreación de lugares míticos, mágicos o exóticos por parte de las interpretaciones de los primeros encuentros coloniales genera la necesidad fundamental de abordar la des-localización para referirse a este territorio poco mencionado en el acontecer continental y poco relacionado con el entorno suramericano; un territorio aislado, al borde del centro y de la misma “periferia” latinoamericana que la rodea. Después de

1492, hacia 1600 los mitos del Nuevo Mundo y El Dorado sedujeron a Europa entera, la panacea de la riqueza se encontraba en un lugar difícil, húmedo, caluroso, donde no transcurren las estaciones de una manera evidente, y el calor del día en la espesura de la selva agota al blanco europeo, promueve diferentes adaptaciones con los esclavos que llegan del África y los nativos que comienzan a discernir la ruptura y relocalización cultural a la que se abocan. “Durante siglos, la Guyana fue tierra de explotación, en principio tomada en cuenta para descubrir el camino hacia El Dorado.



Carte de P. Du Val, Coste de Guayane autrement France equinoctiale, 1677, Archives départementales de Guyane

Figura 1

Con el fin de encontrar el fabuloso lago Parimé y los palacios de la fantástica ciudad del rey cubierto de oro (El Dorado) que los conquistadores españoles habían buscado en los confines de los Andes, llegaron muchos exploradores para observar los secretos de la selva amazónica” (Jollivet; 2002; 110), luego, los cambios políticos concederían otros destinos que contribuyeron a arraigar aún más el inhóspito imaginario amazónico-caribeño, como fueron las prisiones (Les Bagnes de Cayenne o d'Île de Diable) para los blancos, perseguidos por fines políticos bajo el reinado de Napoleón III y que perduraría hasta el Siglo XX, luego de que la departamentalización⁶ de Guyana generara el cierre definitivo de las prisiones hacia 1951.

Conviene traer a colación los múltiples intentos por hallar una lógica histórica que aporte a las formas de identidad que se pueden conformar entre los habitantes de estas regiones que otrora fueron las Guayanas y que debido a las influencias históricas los imperios segmentaron luego de las invasiones holandesa, francesa, inglesa y española. Específicamente

Guyana es un fonema al que científicos franceses le atribuyen diversos significados vinculados con el origen nativo de las comunidades amazónicas, a su vez adosadas a la leyenda de “El Dorado” y que recientemente comparten lugar hasta con relatos bíblicos; todos en busca de una historia que la legitime, en parte porque la región pretendida por el imperio francés en principio comprendía el área entre el río Oyapock, afluente del Amazons y el Orinoco.

*“El origen indiano de la palabra no se comprende bien, sólo se sabe que existen tres grupos lingüísticos sobre el territorio guyanés. Se presupone entonces la hipótesis sobre el origen del mito de El Dorado, según la cual Cristobal Colón habría tomado a la Guyana como el Jardín del Eden, inspirado en los versos del Génesis, éste tenía lugar entre las vertientes de los ríos Orinoco y Amazonas, refiriéndose al país bíblico de Havila”, donde está el oro⁷ (Lezy 1989: 227) En contraste se encuentran las versiones de algunos historiadores del Siglo XX, como De Goeje quien relacionó el término *Guyane* con el nombre de las tribus*

⁶ Guyana Francesa en 1946 cambia su status de territorio de ultramar (condición que le daba un carácter colonial) a Departamento de Ultramar (DOM), bajo el cual podría ser parte de la división departamental, es decir, ser una de sus 26 regiones y regirse bajo sus leyes y principios a semejanza de la metrópoli.

⁷ Lezy, Emmanuel, 1989 « L'origine indienne » du mot n'est, bien entendu, pas donnée alors qu'il existe trois groupes linguistiques sur le territoire des Guyanes. On notera aussi sa surprenante hypothèse sur l'origine du mythe de l'El Dorado, selon laquelle Christophe Colomb aurait pris la Guyane pour le jardin d'Eden et, s'inspirant des versets de la Genèse, aurait placé entre les bras des fleuves Orénoque et Amazone le pays biblique de Havilah « où il y a de l'or ».

existentes de los Oyanas, acudiendo a una matriz fonética, teoría que tampoco ha sido adoptada del todo por los estudiosos franceses o los propios habitantes de la región.

Ambas acepciones pueden considerarse en las hipótesis que preguntan el origen y significado de la palabra que denomina este lugar. La nomenclatura de Colón, al parecer implicó un significado que trascendió el mito, Lézy comenta el descubrimiento y razón de ser de este término al enunciar que Guyana, significa *la tierra sin nombre o la tierra que no debe ser nombrada*.

El pasado histórico en el que la región evidencia luchas entre imperios puede contener alguna raíz en estas disputas originadas en la misma invención de una puerta secreta al Dorado.

La gran historia del tesoro, entre otras cosas, se encuentra extendida en toda América como mito y las voces que llegaron hasta Europa fueron transportadas en comentarios voz a voz que llegaron a hacerse visibles en las mismas ilustraciones sobre el continente,

hechas desde luego por ilustradores como de Rieu, que nunca pisó territorio americano (ver Figura 2).

No obstante, la escenificación más propia como práctica ritual de esta leyenda, y que se deriva de una comunidad nativa se halla en la representación de la balsa muisca del altiplano cundiboyacense, en Colombia⁸, localizada en el Museo del Oro



Figura 2

⁸ Para ampliar la información remitirse al Acervo del Banco de la República o las bases de datos del Museo del Oro. Bogotá, Colombia.

de Bogotá donde se retrata la ceremonia en una figurilla que no supera los veinte centímetros de diámetro.

En suma, las representaciones de los indoamericanos fueron motor de estos imaginarios y las formas de comunicación mercante, el transporte de relatos y la moda épica de la aventura, del descubridor y el colonizador impactaron también en la conformación de esa estética europea.

Las conformaciones estilísticas se daban en uno y otro hemisferio, y las sociedades europeas como las americanas nativas y las que comenzaban a crearse iban tejiendo sus fibras colectivas, sus ideas, sus imágenes del otro y de sí mismas.

Ese “extraño” lugar mantiene un eterno diálogo entre mar y montañas, “en esos espacios, el ojo no se familiariza con los artificios y las sutilezas de la perspectiva; con una ojeada, abarcamos toda la verticalidad y la abrupta acumulación de lo real” (Glissant 2002: 14).

El carácter de un paisaje abierto, a la manera de Glissant, donde hay irrupción y embate, erupción, realidad e irrealidad en partes iguales, es parte del paisaje donde convergen los fractales históricos de las memorias del Caribe, ese mismo que le pertenece a la memoria americana y que dibujó en gran medida los episodios más importantes de la *latinidad* que hoy día se discute más en el continente que sobre el

mar Caribe. Glissant por supuesto refiere en este pasaje a su natal Martinica, no obstante las afirmaciones son tomadas en cuenta por escritores como Leon Gontran Damas de Guyana Francesa, que coinciden en notar cuán enajenada puede encontrarse la *Guyane* de su continentalidad.

Allí confluyen el mar y las montañas, pero también la selva y los ríos que llevan al interior del continente; el diálogo ya no solo de mitos, sino de geografías que para otras regiones, se hallan plenamente diferenciadas, determinan las pautas que deben rescatarse a la hora de pensar su paisaje.

Fue la Guyana francesa la puerta a las primeras expediciones hacia el Orinoco y otras regiones más densas del Amazonas. Así comenzó el dibujo de estos mapas, y así mismo, su propio dibujo como frontera que desborda sin sentido aparente, los mitos y requiebros del continente que la contiene y la metrópoli que la posee.

La introducción al continente de la que Glissant habla, es así una suerte de vínculo entre lo que se debe dejar atrás y aquello cuya exploración se debe emprender. Christian Lerat comenta en *Le Monde Caraïbe* que pocas áreas geográficas habrían sido tan marcadas por el desplazamiento como el mundo caribe.

Es este un elemento estructurante, *des-localizado* y articulador de la dinámica que apenas hasta nuestros días, se comienza a tejer como parte del sentido identitario de América *latina* y que bien vale la pena tener en cuenta desde los mismos presupuestos literarios que dan cuenta de la región.

En el análisis de estos contextos poco habitados por el gran discurso histórico centralista, o que han sido interpretados sólo desde la perspectiva occidental, se da la necesidad de tomar en cuenta las voces de sus habitantes, de quienes han conformado su propia identidad en estas regiones y que a través de las manifestaciones estéticas logran portar algo de sus propias reflexiones; la música, la danza, las tradiciones rituales y los relatos construyen un importante eje de observación.

El paisaje en este punto, al ser enunciado se convierte en pregunta, se concentra en rastro y evidencia de un diálogo discontinuo, inconexo, afectado por cada atavío histórico y literario que le pueda reseñar. La Guyana bien podría no ser latino, al ser un departamento de ultramar, bien podría ser franco-americano, entendiendo no sólo su conformación

política sino geo-política que le ha distanciado en apariencia con otros países suramericanos, pero aun así, se encuentra justo en el borde, en el choque cultural, en el choque colonial y civilizatorio, en la vinculación de la herencia de una *modernidad/colonialidad*⁹. Su localización más propia es la deslocalización y disloque de su realidad, del imaginario que reposa sobre sí, de la herencia y la resistencia de sus variadas culturas.

Des-configuraciones del espacio tiempo. Experiencia del paisaje

Des- configuración, el prefijo en español y en francés *des* acudiendo a la experiencia del paisaje, un paisaje que no se pretende vincular a la visión histórico-escópica del escenario, sino más bien reconfigurarlo en el espacio tiempo de la conformación cultural guyano-francesa y caribeña.

El paisaje en su acepción cultural abandona el sentido objetual para ser sujeto, trasciende el sentido de la panorámica, la vista desde arriba, la lejanía periférica, no se encuentra en la focalización o en el encuadre de los puntos de fuga; el paisaje cultural no sólo sugiere sino que toma parte de estas inmensas posibilidades que retratan sus

⁹ Modernidad/Colonialidad: Término que Walter Mignolo plantea en *La Idea de América Latina*, el proyecto de colonialidad vinculado al de modernidad, en este orden, para señalar a través del término colonialidad, las ausencias que la historia de la modernidad ha pasado por alto. La modernidad es parte constitutiva de la colonialidad, por tanto, América es de por sí una noción, una invención moderna. Ver p. 17 – 18.

observadores y también sus creadores. No se refiere acá al *blue-screen* que se puede cambiar y acomodar al antojo de una “edición” primermundista que relata los exóticos escenarios de aventura perpetrados en el imaginario histórico, turístico y novelesco del Caribe y el Amazonas, el lugar donde se encuentra la motivación expedicionaria, las mejores formas de pasar el tiempo y justificar los desvaríos imperiales.

Se enuncia aquí un paisaje que funde su horizonte en el cuerpo mismo de la mirada de quienes llegan y se chocan contra sí mismos, contra las lenguas, contra el calor y la brisa de la playa, contra el olor del mar salado y el relato que poco a poco, encontró su lugar en los *alabaos*¹⁰ afro, la selva, los tintes del hũito¹¹ y la champeta africana, sólo por mencionar algunos ejemplos.

El choque, el profundo choque es el gesto que mejor relata las primeras experiencias humanas en este caribe guyanés, se ha construido durante siglos un paisaje al límite de la *inminencia* de la desaparición, de la supervivencia, de lo nuevo, lo desconocido. Comunidades de Europa, de la India, de China, de Líbano, hasta recientemente de Vietnam, en los

años setenta comparten una territorialidad extraña con criollos, creòles descendientes de la esclavitud, cohabitando sin un contacto directo, con las comunidades Oayanas y Tikuna.

Una nacionalidad francesa que los vincula poco con los metropolitanos y los distancia de sus vecinos de Surinam, Guyana y Brasil, pese a que este último es la frontera más extensa de Francia en el mundo; esta imagen da la evidencia del status político y el índice que demarca su extraña acomodación geográfica, para los ojos de quienes estamos más próximos y a la vez lejanos.

En la actualidad, la cohabitación de tiempos y des-tiempos conforman parte de la realidad de este paisaje, precisamente los sujetos traspasan los puntos de fuga entre una y otra región, las tensiones entre migrantes y autóctonos siguen participando de la vida propia y característica de esta región de tránsitos.

La posición de la Guyana es única, sólo este territorio logra ver con tal proximidad el Caribe y el Amazonas juntos en medio de un tránsito cultural sin precedentes. Si bien los países vecinos de Surinam o la Guyana británica presentan un comportamiento similar, la ubicación

¹⁰ En rigor es una melodía casi ambrosiana o gregoriana pero de poder narrativo y dramático. Era la forma que venía como anillo al dedo para los negros que también cantaban de manera espontánea e improvisada, rezos a sus dioses.

¹¹ Hũito: Nombre tikuna de una semilla empleada para pintar el cuerpo en ceremonias en las selvas del Amazonas.

especial de Guyana Francesa implicó variantes notables que le distinguen en esta triada de las Guayanas.

“En razón al carácter compuesto de su pequeña población-casi única en el mundo- y de sus inevitables inequidades sociales, la Guyana francesa conoce determinadas tensiones,

particularmente entre los créoles guyaneses que se sienten amenazados y los créoles migrantes, cada vez más numerosos, así como los blancos metropolitanos, asiáticos e incluso, amerindios (Leclerc; 2013).

Uno de los factores que se denota, es el de las migraciones, y contrasta a fondo con la integración de la región, de este caribe europeo con Suramérica. El Caribe y el Amazonas son también dos imágenes míticas por sí mismas, y la tierra de nadie, precisamente la Guyana Francesa las conjuga con tal proximidad que allí mismo radica su status de margen continental.

“La Guyane es repentinamente aislada del resto del continente, sólo una pequeña ruta hacia Surinam es accesible por barco, y otra ruta reciente, hacia Brasil, abierta en

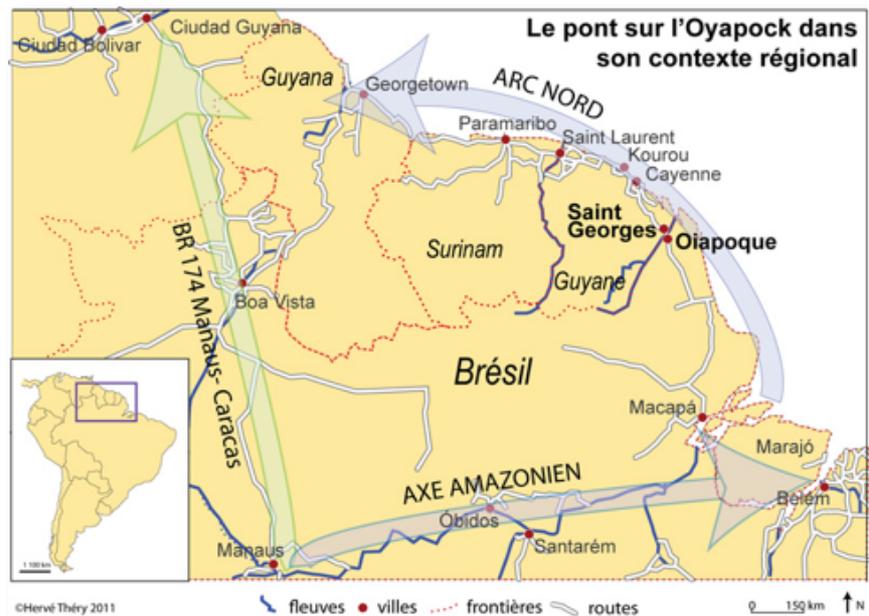


Figura 3

2003 (...) la ruta del Oyapock” (Granger; 2008) (Ver Figura 3).

La dicotomía entre espacios vacíos de pobladores, pero sobre-dotados de flujos migrantes y espesura silvestre, crean una contradicción propia del paisaje cultural, porque en este contexto se encuentra latente el diálogo de la cultura con el medio geográfico, sumado a las disposiciones políticas que disponen los canales comunicantes, precisamente en este punto, se funden los horizontes de quienes articulan el espacio mismo.

El acontecer cultural se encuentra en estas continuas transformaciones de sus valores simbólicos, políticos y geográficos. El paisaje cultural se concreta en las tensiones que las culturas y los espacios cohabitan al conformar la complejidad *guyanaise*.

En esta concreción poética del devenir *moderno/colonial* de la Guyane reposan sin duda todas las preguntas, incluso las de comprender en la actualidad el manejo de la única y última región en manos de Europa sobre la masa continental del Suramérica. Un desborde de la historia sin duda, un olvido decidido por las decisiones de sus protagonistas o un pequeño lugar que por su perfil histórico se ha contenido en su propio espacio y en su propio tiempo, con una lengua diferente a la de sus fronteras próximas, con cualidades y calidades sociales variadas y con los desvaríos de su herencia histórica a cuestas.

Aún es un paraíso, aún hoy día confiere gran importancia a su suelo por ser casi virgen, por lanzar satélites y ser parte del primer mundo en el tercer mundo. Aún es mito y misterio, selva de ecoturismo, de lo salvaje, la razón de ser del viajero alpino en busca de aventura. Aún guarda las memorias de sus prisioneros, de l'Île du Diable, y de incontables historias que la fueron haciendo margen, borde desbordante. Acá nada más se contiene aparte de su propia extrañeza.

Así como dice Glissant, el Caribe fue el primer lugar donde desembarcaron esclavos, esclavos africanos, que después

eran reexpedidos hacia Norteamérica o hacia Brasil o hacia otras islas cercanas. Estas regiones caribeñas son indicativas del universo americano. Un universo de la *invención* (término de Mignolo) de este artificio colonial, un artificio real, la realidad de estas culturas formadas en la *invención colonial*, en la fusión de los *migrantes desnudos* (Glissant 2002: 20-25), los nativos que no comprenden en su habitar cultural la noción de estado ni la interiorizan a su conformación gubernamental, y de toda la sucesiva cadena de migrantes que por momentos vieron en Guyana una especie de Tierra prometida¹², como dijo Colón, pero que al final se adaptaron humanamente a otra idea de paraíso.

En suma, el espacio-tiempo guyanés, es un espacio tiempo del caribe, pero también de América, sobre sí reposan las preocupaciones por las reservas del Amazonas, como también las preocupaciones por las reservas naturales de recursos como el petróleo o el oro. Reposan la fecunda actividad terciaria que ha sumido la región en la dependencia casi total de su metrópoli y contrasta con una cultura caribe propia de la jacaranda, la risa y algo del carnaval, que al estilo francés dialoga con sus vecinos

¹² Ver la historia de las comunidades de plantación y la "importación" de familias hindúes y chinas para el cultivo de cacao y arroz, por ejemplo.

martiniqueses, venezolanos, colombianos o guadalupanos.

Puntos de contacto ligeros, roces que conforman un compartir cultural atravesado por la lengua, la geografía, la geopolítica del conocimiento, o habría que decir, del desconocimiento. La experiencia de su paisaje es la propia des-configuración del espacio y el tiempo, ese mismo habita en la poética de la geografía y la realidad de lo histórico propio, interpretado y actualizado, pero que seguramente da una nueva voz.

Contemplación / Acción:

El *des-borde*

He dejado para el final una idea que sugiere el *gesto* propio de habitar, de vivir, de estar. Contemplar suscita un panorama amplio, contemplar suscita detenerse ante el estatismo congelante de la inmensidad de los paisajes, de los colores, de las sensaciones térmicas, esa es una contemplación estática, una contemplación que mira, que no aspira ni inspira.

A cambio lo que se propone es una contemplación que observa y toma parte, conjuga el ser sujeto con el ser espacio y ser tiempo, una experiencia de instante donde el paisaje es también sujeto en el

sentido de su propia transformación, de sus cambios de materia, de uso y abuso, es testigo y testimonio. Contemplar refiere un paisaje-relato, este podrá consolidarse en la experiencia misma del contacto, del dejar hablar y permitir contar eso que suponemos saber y se desconoce.

Se trata de una nueva nomenclatura de significados dada en el proceso de descubrir los símbolos que antes fueron inventados y que sólo se comprenden en la experiencia de contemplar y ser contemplados dentro de estos paisajes físicos, mentales, políticos, económicos y culturales.

Un poco más adentro del Amazonas, casi en los llanos entre Venezuela y Colombia, *María*¹³, una indígena del Vaupés colombiano, es testimonio de traslados diversos a lo largo del Amazonas, hablaba veinte dialectos diferentes (como ella misma los denominaba), hablando inglés y español y sin saber escribir una vocal, tejió en sus relatos, en la sonoridad de los vocablos nativos la todo aquello que enunciaba los gastos de la tierra, la vida de la mujer de la selva y el desplazamiento que su tribu vivió al traspasar las fronteras del Brasil, Venezuela y Colombia.

El relato de todos, hombres y mujeres, cobra vida en el propio *gesto de relatar*, se

¹³ María fue el eje de *Teorías de Grafos*, obra en la que la dificultad del entendimiento o desentendimiento de lenguajes configura una común experiencia donde la escucha vale por sí misma como experiencia y deja ser a María, mientras se es sujeto en la escucha y la interpretación inevitable.

construye un escenario propio del espacio tiempo que lo habita y se dibuja, por un instante, una cartografía que reposa en el símbolo de la palabra y el habla.

Una suerte de experiencia estética que recorre el *modus vivendi* de cada cultura en el mundo, y que ahora en la América que pretende mirar hacia el Caribe, debe reconocer una oralidad ilimitada, pigmentada por la historia y por las razas de la colonialidad. Precisamente ese factor del pigmento de la piel, constituye la razón de ser no solo caribeña, sino americana, entendiendo que el pigmento se amplía a una perspectiva cultural que construye comunidad.

Cohabitan ideas diferentes de fronteras en Guyana, por ello, el des-borde adquiere una importancia específica para su análisis.

Para los nativos, las fronteras no están dadas necesariamente por las nacionalidades que les asignó la historia, sus límites rebasan estos imaginarios y se ubican en otras dimensiones como las de grupos familiares, o diferencias dialectales, por ello estar en un territorio y cruzarlo políticamente, implica consecuencias diferentes, el vasto Amazonas se comporta como suerte de nación o región identificable de su *modus vivendi*.

Para los migrantes, las fronteras adquieren un significado diferente, las

llevan a cuestas, su raíz natal se funde en el paso y acomodación al nuevo territorio, han atravesado una frontera, pero también han diluido un poco más la que llevan en su herencia, en su cultura.

El claro ejemplo de las migraciones desde el Asia muestra las diversas experiencias que puede acarrear la migración sobre un mismo territorio en el sentido de acomodación cultural. “Las comunidades asiáticas, (aprox 8% de la población) llegaron hacia fines del Siglo XIX y principios del XX. Chinos (aprox. 7000 personas) originarios de Taiwan, Singapur, Hong-kong, Vietnam y la China continental; esta sociedad hermética habla sobre todo la variante china hakka y reina en los pequeños comercios al detal de la Guyana Francesa (...)

A estos inmigrantes se suman una pequeña comunidad de Libaneses que llegaron en la misma época y representan un contrapeso económico importante para la zona. Luego, en 1977, los Hmong (cerca de 3000) refugiados de Laos viven como comunidad también de carácter hermético (Leclerc;2013) y se dedican a actividades como el cultivo de arroz o cacao, los Hmong presentan también variantes culturales al interior de su organización social, es decir conforman distinción dentro de su propia distinción. Este breve panorama da cuenta de cuán blandas son

las fronteras en estas dimensiones, es decir, en la experiencia de vida de comunidad-cultura-territorio dentro del proceso migratorio.

Las fronteras circulan en los imaginarios de las comunidades, de las culturas macro y micro, allí desvanecen continuamente con los tránsitos y apropiaciones de los grupos humanos y crean, en el desborde, nuevas localizaciones.

Queda entonces el interrogante sobre los orígenes y las razas. Hablar de razas en América, de hecho, en el mundo entero, implica pensar en diferentes procesos migratorios, coloniales y sus respectivas heridas coloniales. Los pigmentos que se podrán mencionar no refieren solo a los colores de las razas, porque este es un factor en algunos casos implícito y, en otros, tácito.

Se debe enunciar el pigmento que la herencia de la colonia, adosada a las determinaciones gubernamentales de Francia en este caso, ha conformado directamente desde el apoyo a las migraciones promovidas con el ánimo de encontrar alternativas económicas a la región. Esta idea de pigmento heredó diversas maneras de comportarse culturalmente y construir el paisaje.

“La cuestión de la raza no se relaciona con el color de la piel o la pureza de la sangre sino con la categorización de

individuos según su nivel de similitud o cercanía respecto de un modelo presupuesto de humanidad ideal.

La noción de raza sería similar a la de “etnia”, pues la raza se refiere a la genealogía sanguínea (...) y la “etnia” incluye lengua, la memoria y un conjunto de experiencias compartidas pasadas y presentes, por lo que comprende un sentido cultural de comunidad, lo que las personas tienen en común” (Mignolo 2005: 42).

Ahora bien, encontrar lo *común* no es el objetivo obligado, sino que es parte también del proceso de contemplación que discierne durante el proceso vital de las colonias, lo valioso del relato, de la construcción de grupo, de similitud y también de diferencia. Aquí también se tocan los horizontes y pueden difuminarse o delimitarse según las geografías epistémicas lo permitan.

El paisaje cultural...

un reto epistemológico

La importancia de valorar al Caribe como una porción constitutiva y relacionada con las historias de nuestras naciones continentales, implica pensar un poco en esa insularidad de la Guyana Francesa, Haití, Cuba, incluso, la misma Jamaica. Podría decir anticipadamente que volvemos a encontrarnos ante la

oportunidad de dibujar nuevamente los mapas que contemplen el paisaje que somos y que hemos creado en este *nuevo mundo*. Habrá que delinear mejor los mapas de las fronteras, allí donde se disuelven los horizontes, en esos mismos lugares donde la selva espesa dejó de tragar blancos para vomitar petróleo, oro y caucho.

Estos mapas también dialogan con la historia, pero contemplan de cerca el relato, los procesos de migrantes, de esos responsables de movilizar las fronteras y llevarlas sin destino a la fusión. Preguntar por la memoria, por la vida, por las creencias, por los ancestros son pautas que aproximan la mirada a una realidad menos objetivada y más objetiva, cuando hay una concordancia entre sujetos pese a sus infinitas distancias y se toma en cuenta su palabra.

Las nuevas cartas de navegación ya no necesitan comprender el por qué de una autenticidad que se reivindique ante la metrópoli, no lo necesita porque esa separación habría quedado superada en el sentido del desplazamiento de la discusión, este ya no es un asunto “criollo”, un asunto de clases dirigentes o complejos raciales como tal; aunque los veamos presentes en gran parte de las discusiones de teóricas que también han formado la mirada colectiva y por lo mismo no podrían

desconocerse. Algo diferente sucede en este tiempo, hay actos de conciencia antes no revelados. El paisaje cultural del continente que llega hasta la Patagonia, que pasa por la península del Labrador y la Cordillera de Los Andes, es propio también del Caribe y dentro de éste, una pequeña porción que aún, después de siglos, pertenece a su manera a su territorio americano y a su estado francés. Guyana Francesa no es un pretexto de rescate por hacer converger puntos quizá inconexos o no de la *identidad* latina, tampoco se trata de resarcir el escaso reconocimiento o contacto entre la región latinoamericana. Este paisaje no pregunta enfáticamente por el lugar que ocupa un “trozo” de América continental en las políticas estatales de Francia, de esos asuntos se ha encargado el mismo gobierno francés y a su modo, el gobierno departamental guyanés, y de lo mismo, las naciones americanas han tejido sus décadas de historia entre acuerdos y desacuerdos políticos, pactos económicos y políticas culturales diversas.

Habrá que acudir a este paisaje porque comparte un espacio tiempo caribeño-amazónico dentro de América, comparte el exotismo del mito de la selva que devora entero y el mar caribeño carnavalesco apto para las vacaciones, el reggae, la piña colada y las “aventuras del

terreno extremo”, apto para todo esto, pero también para la poesía propia de quienes han construido en años una estética propia de las sociedades que les identifica. Habrá que rediseñar, redibujar en los gestos del relato un paisaje guyanés que no sólo es metáfora, sino materialidad de ese desborde de los límites de América, un rincón que la doctrina colonial y el control de los imperios tampoco logró contener y que se matizó en la mezcla criolla desprevenida de sus comunidades.

“El Caribe deviene efecto de una dialéctica entre la naturaleza y la historia en la que el paisaje es un dato clave, puesto que podría decirse que es metáfora de lo inteligible, lo que se muestra pero no se camufla como las lenguas, los cimarrones ocultándose en los manglares, los sectores dominantes queriéndose parecer a las élites europeas, además deviene *sensible* en el pensamiento de Glissant” (Caisso; 2010: 20) y en el de pensadores propios de estos territorios inciertos; llamados así no por su inexistencia, sino por lo complejo y variado de su definición.

Las categorías epistemológicas para abordar su comprensión, no podrían ser otras, que las que recurran a la disposición sensible de observar y relacionarse con ese espacio. Hay que validar las cualidades históricas, pero no basarse en

el positivismo demostrable que en este caso, dejaría de lado todas las voces que matizan y dan sentido al extenso paisaje guyanés, porque debajo de la gran historia y los hechos demostrables, existen fibras tangibles para la conciencia, para el pequeño relato, habitables con otras cualidades perceptivas, esas mismas que des-localizan las miradas, los migrantes, los sujetos y las relaciones de su propio espacio.

Des-localizada y desbordada América en la Guyana Francesa, en Francia, en Europa, intentos por nombrar lo que *no debe ser nombrado*, el Nuevo Mundo, el paraíso, en fin. La fusión de todos estos horizontes en la pregunta que origina este texto, conforma sin duda una base para encontrar el *cómo* podremos tejer diálogos, puentes comunicantes y vislumbrar *hasta dónde* se ha llegado o *hasta dónde* podrá llegar.

El *gesto* como cualidad del presente diálogo, en este contexto enfáticamente, implica contemplar, observar, pero también des-pigmentar el mapa, de todos los pigmentos raciales, históricos y de juicios colectivos. Sí, no es enajenarlo de sus colores, sino en el B/N contrastante y diferenciador de las luces y sombras de las fotografías de lo real-mágico e histórico, de lo teórico y lo histórico legitimante, abordar las infinitas gamas de grises que realmente

nunca serán tan blancas, nunca serán tan negras cuando son atravesadas por la realidad más simple del relato. Pasarán varios amaneceres y sus noches hasta que la pupila pueda por fin detectar estas sutiles e invisibles (hasta ahora) variaciones.

Hace mucho tiempo, la imagen B/N y a color se matizó, como nuestros países, nuestros pueblos originarios, nuestros *preceptos continentales*, nuestras ideologías e identidades. El diálogo está en proceso y conviene compartir todos los argumentos antes de cerrar las puertas a las posibilidades de navegar con nuevas cartas, nuevos mapas. Habrá que inscribir en el cuerpo los nuevos procesos, las preguntas, los relatos y los gestos, la experiencia estética de habitar un paisaje de la cultura.

El paisaje cultural es precisamente el acontecer de un proceso dialéctico que se dispone bajo la valorización de las cualidades simbólicas, poéticas y estéticas de la cultura; se lee desde la proximidad y la contemplación, se lee en la transgresión de los espacios que no se explican por sí mismos, sino mediante su proceso vital.

El paisaje cultural en Guyana Francesa suma todos estos aspectos mencionados a lo largo de este artículo, desde su complejidad, toma en cuenta su naturaleza, su propia interpretación, los

relatos que divagan entre centro y periferia, porque todo ello conforma su acontecer histórico, todo ello le identifica. Habrá que preguntar nuevamente donde están las fronteras, si existen, si se disuelven o se mueven con nosotros hacia dónde se desplazan las nuevas conciencias, las nuestras propias a la hora de observar. Habrá que preguntar si es el paisaje o somos con él, si somos sujeto, frontera de nuestros propios conocimientos y desconocimientos, si nos des-localizamos o nos desbordamos en América Latina mientras se da este reconocimiento continental en la “pequeña” región de Guyana Francesa.

Índice de Figuras:

- **Figura 1:** Mapa de Guyana Francesa 1677. *La carte de P. du Val. Coste de Guayane autrement la France Equinoctiale.* Archives departamentales de Guayane.
- **Figura 2:** *El dorado*, Ilustración de Riou. Luego de recibir informes de los expedicionarios que realizaron Le tour du Monde (1860 -1914).
- **Figura 3.** *El puente del Oyapock en su contexto regional.* Tomado de France-Brésil : un pont géopolitique. THERY, Hervé. Junio 20 de 2011

Referencias bibliográficas:

- CAISSO, Claudia. 2010.** El Caribe en Sombras. Revista Universus No. 25. Universidad de Talca. Argentina
- GLISSANT, Édouard. 1997.** Sol de la conciencia. Gallego Urrutia Maria Teresa. Traductora. Ediciones Gallimard.

JOLIVET, Maire-josé. Images de Guyane, entre réduction et cloisonnement. Revista *Autrepart: Les images de l'identité*. Denis Vidal. Editor Científico. Publicado por IRD (insitute National de la Recherche) 2002.

LANDAZÁBAL, Marcela. 2009. TEORÍAS DE GRAFOS. Universidad Nacional de Colombia. 2009.

LECLERC, Jacques. 2013. L'amenagement linguistique dans le monde. Chapitre Amerique du Sud. Guyane, la región.

LEZY, Emmanuel. 1989. Guyane de l'autre côté des images. Paris. Editorial. L. Harmattan. (*Trad. propia*)

MIGNOLO, Walter. 2005. La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial. Editorial Gedisa.

NORTH, Xavier. 2011. Des Langues qui peuvent tout dire, des langues qui parlent à tous. Revista *Culture et Recherche, pour des états généraux du multilinguisme en outremers*. No 25.

PIZARRO, Ana. 2002. El archipiélago de Fronteras Externas. Culturas del Caribe hoy. Editorial Universidad de Santiago, Wellesley College. Santiago de Chile.

VOLPI, Jorge. El insomnio de Bolívar. Cuatro consideraciones intempestivas en el Siglo XXI. 2009 Editorial Debate., Barcelona.





Marcela Landazábal Mora

Estudiante Maestría en Estudios Latinoamericanos,
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

Licenciada Artes Plásticas- Universidad Nacional
de Colombia con énfasis en Historia y Teoría del
Arte

E. Mail: marcela.landazabal.mora@gmail.com

Reseña Curricular

Graduada en Artes plásticas en la Universidad Nacional de Colombia (2009), cursa actualmente la Maestría en Estudios Latinoamericanos en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), donde adelanta su investigación de grado sobre el Paisaje Cultural en Guyana Francesa como elemento estructural de las conexiones de identidad cultural en Latinoamérica bajo la dirección de la Dra. Margarita Vargas.

Su desempeño profesional antecedido por su destacado proyecto de grado que obtuvo la máxima calificación Teorías de Grafos 2009, ha abarcado el campo de la fotografía documental, ilustración científica, la crítica de arte y la docencia universitaria en las cátedras de Filosofía del Arte, Epistemología del Arte y Video-arte en la Universidad Industrial de Santander- Colombia. Ha dirigido tesis meritorias en el Programa de Bellas Artes de la UIS, así como exposiciones colectivas en la ciudad de Bucaramanga. Ha expuesto su trabajo artístico y documental en diferentes escenarios tanto en exposiciones individuales como colectivas en Colombia, Argentina, México y España.

